

Tadeo, mi mejor maestro

Blanca Guadalupe Aguirre Acuña

Profesora de educación preescolar. Docente en el Jardín de Niños Francisco Javier Mina. blancaaguirre.6.lepre@gmail.com

Ahí estaba yo, una maestra de preescolar con 28 años de edad y 6 de práctica, parada a lado de un niño de 5 años que estaba tirado en la entrada del kínder porque no se quería pasar, mientras gritaba, lloraba y pataleaba, sentía las miradas desaprobatorias de las mamás que estaban del otro lado de la puerta, observando cómo iba a resolver el problema y algunas juzgando la situación; mientras todo eso pasaba en mi mente estaba la pregunta ¿qué hago para ayudarlo? Reconozco que si esta situación se me hubiera presentado hace algunos años, yo hubiera levantado considerablemente mi tono de voz mientras metía a la fuerza al niño al salón, demostrando, como yo misma decía, que ahí mandaba yo.

Pero yo ya no era esa maestra y el niño tirado, no era cualquier alumno, era Tadeo, un niño que había sido diagnosticado con TDAH (Trastorno de déficit de atención con hiperactividad) unos meses antes. Cuando su mamá me informó del diagnóstico, primero me sorprendí porque lo hubiera imaginado de varios niños antes que de él, pero no me preocupe ni asusté, ya que, aunque no había tenido a ningún alumno diagnosticado, conocía un poco del tema y creí (ingenuamente) que no sería tan difícil. Estaba muy equivocada, porque después de este diagnóstico comenzó la medicación a Tadeo y con ello múltiples síntomas, unos causados por el trastorno y otros por el mismo medicamento; ahí caí en cuenta que yo no sabía nada de ese trastorno, así que me di a la tarea de leer, investigar, ver vídeos informativos en mi tiempo libre e incluso entre a un grupo de Facebook de mamás con niños con TDAH, para aprender, entender y tener empatía hacia la familia de Tadeo, porque algo era cierto, si la situación era difícil en la escuela, en casa era peor.

Tadeo dejó de dormir por semanas, por lo cual muchas veces estaba de mal humor en el kínder, sobre todo en la entrada porque no se quería quedar; comenzó a ser agresivo con sus compañeros y cuando le preguntaba porque lo había hecho solo decía “no sé”, su atención se dispersaba demasiado y necesitaba que yo me sentara con él a recordarle constantemente lo que estaba haciendo; después su neurólogo le diagnosticó “cuadros de ansiedad” Y ahí si sentí miedo, incertidumbre, preocupación y, mu-

chas cosas más, solo pensaba ¿cómo un niño de 5 años, tiene ansiedad? Definitivamente yo solo conozco la punta de este Iceberg llamado TDAH.

Quizá después de lo que leyeron de mi pequeño alumno, piensan que es un niño problema o difícil; pero no es así, de hecho, es un niño muy inteligente, sociable, cariñoso y el mejor amigo de varios niños del salón; así que de Tadeo aprendí que las etiquetas aparte de no ser buenas, siempre son mentira. Entre las otras tantas cosas que he aprendido es que los niños necesitan maestros comprensivos, maestros que sepan mantener la calma cuando ellos la pierdan, en lugar de gritar y castigar los “berrinches”. Tadeo me enseña que a veces hay días buenos y otros malos, y lo importante es aprender a no tomarnos las cosas personales, Tadeo me ha gritado, ha manoteado al aire y he salido lesionada, hace muchos ruidos en clase mientras hablo, también me dice en repetidas ocasiones que ya no piensa volver nunca al kínder, pero al otro día llega con una sonrisa en el rostro y toda la actitud para aprender y convivir con sus amigos.

Pero, sobre todo, después de las situaciones que Tadeo y yo hemos pasado juntos he aprendido que, aunque todo se vea difícil, cuando hay amor es un poco más fácil, primero lo veo en su familia, que, a pesar de todo, se esfuerzan por darle lo mejor que tienen a su hijo. Y lo observé en mí, yo no sé si Tadeo me quiere, pero les aseguro que hoy es el alumno que más quiero y del que me siento más orgullosa.

¿Y cómo termina la historia de Tadeo haciendo berrinche? Bueno, pues después de acariciar su espalda, arroparlo con su cobija favorita, recordarle como respirar tranquilamente y que estaba bien estar enojado, logré que se parara del suelo y se sentara en una silla en la puerta del salón, aún enojado, pero mucho más tranquilo, en tanto, yo le di un trago a mi café mientras lo observaba, sintiendo la misma satisfacción de haber corrido un maratón, quizá para algunos es un logro insignificante, pero para mí fue algo grande, sobre todo porque logré mantener la calma en una situación de desastre.

Éste es mi presente y lo que quiero para mi futuro docente es que no importa el grupo, ni el kínder en el que trabaje, debo recordar todo lo que me ha enseñado Tadeo, sobre todo el brindarle tranquilidad a los niños cuando ellos la pierdan, no olvidar que el enojo no se combate con más enojo, sino con calma. Y, sobre todo, esforzarme cada día por dejar de “mandar” en el aula y convertirme en el guía que aprecie las diferencias de cada niño y los ayude en medida que lo necesiten.